

Martín Ugalde: "La Semilla Vieja"

Plá y Beltrán

El Independiente, 1959-01-12.

Dos cosas esenciales destacan en la cuentística de Martín de Ugalde: de un lado, una voluntad férrea, una pasión ilimitada por integrarse, por fundirse, por hacerse él mismo carne y sangre, gozo y agonía de las tierras y de las gentes venezolana; del otro, un terco deseo de dejar testimonio, de convertirse en fiero e insobornable intérprete de algo que bien podría considerarse como una nueva clase social en Venezuela: los inmigrantes. Lo primero se patentiza en su afán de conocimiento de tierras y gentes, y, sobre todo, en su pasión por adoptar los giros expresivos más genuinos, más arraigadamente criollos de esas gentes; lo segundo, en esa especie de amor rabioso que tiene Ugalde para las criaturas llegadas de otras tierras, desplazadas, desarraigadas, desheredadas de la fortuna, viviendo del pasado pero pugnando por borrar su pasado, moviéndose, como febriles péndulos, entre la fe y la angustia, entre la esperanza y la desesperación.

Otro aspecto de la personalidad de Martín de Ugalde, formado literariamente en Venezuela, consiste en su acendrada venezolanidad. En él –como narrador, como hacedor de cuentos– pesan, según mi manera de ver, dos poderosas voces: la vasca (la de su ancestro) y la venezolana (la de su patria adoptiva). De esa unión, de ese implacable fundimiento surge a veces en su prosa como una avidez por la palabra restallante, y otras –cuando en él prevalece la voz del ancestro– una prosa arisca, como una sintaxis apuñalada.

Reúnense en "La Semilla Vieja" cinco relatos: La luz se apaga al amanecer, La semilla vieja, La llegada de Engracia, El asalto, El espía. En todos ellos prevalece un tema: el de los inmigrantes. En todos ellos se nos aboca a un clima (uno pero diverso) de pobreza, de desamparo, de sacrificio, de paciencia, de expectación, de frustración. En todos ellos –y no obstante el desmedido afecto que Martín de Ugalde siente por los desheredados y los desposeídos– hay como una ternura asesinada por el sarcasmo, como una fe apuñalada por el destino. Parece que al escritor no le basta aquí con ser verídico; quiere, además, ser veraz.

"La Semilla Vieja" me parece un libro extraordinario. Pienso, tras haberlo leído, que de seguir Martín de Ugalde ahí, en esa línea, pero salvándose un tanto de ese clima de frustración y muerte, de ese como paciente fracaso de que revista a sus personajes, que tanto le apasiona y obsesiona, Martín de Ugalde quedará dentro del ámbito de las letras venezolanas no sólo como un buen escritor, sino también como el escritor que supo ver, captar y plasmar en sus relatos el alma, la vida y la agonía de los inmigrantes.